DaBaR

Ciclo A

nº 60

22 de noviembre de 2026

Jesucristo, Rey del Universo

Año LII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.

Índice

Primera Página
Exégesis
Notas para la Homilía
Para la oración
La misa de hoy
Cantos
Dios habla

Primera Página

CRISTO REY: LA SEPARACIÓN QUE NOS OBLIGA A TOMAR PARTIDO

Hay una palabra de este Evangelio en la que quizá no hemos pensado mucho: separar. Jesús dice que llegará un momento en que el pastor separará las ovejas de las cabras. Y estamos demasiado acostumbrados a escuchar esta escena como una especie de fotografía final: unos a la derecha, otros a la izquierda; unos salvados, otros condenados. Pero en la vida, separar significa distinguir. Significa que llega un momento en que ya no basta con estar mezclados, en que tenemos que reconocer qué está pasando y decidir de qué lado queremos colocarnos.

Y esto toca mucho nuestra vida actual. Vivimos en una sociedad en la que muchas veces preferimos no posicionarnos. No queremos complicaciones. "Yo no me meto". "No es asunto mío". Y es verdad que necesitamos evitar el enfrentamiento, respetar al que piensa diferente y aprender a convivir con quien no comparte nuestras ideas. Pero el Evangelio de hoy nos recuerda algo importante: hay situaciones ante las que no basta con permanecer al margen. Hay momentos en los que tenemos que preguntarnos: ¿de qué lado estamos cuando alguien sufre?

Pensemos, por ejemplo, en los inmigrantes que llegan a nuestras costas después de un viaje terrible. Podemos convertir inmediatamente su situación en una cuestión política: inmigración, fronteras, leyes, recursos, seguridad... Pero Jesús nos obliga a hacer una pregunta anterior: ¿soy capaz de ver a la persona antes que al problema? Porque Cristo se identifica con quien llega desde fuera, con quien puede resultarnos extraño. Podemos tener opiniones diferentes sobre cómo afrontar una situación, pero no podemos dejar de ver a la persona. Porque si dejamos de verla, quizá hemos empezado ya a separarnos de Cristo.

Pensemos también en la guerra, o en tantas situaciones que nos parecen lejanas. Cada día podemos contemplar imágenes de personas que sufren, ciudades destruidas, familias que huyen, niños que lloran... Nos acostumbramos. El sufrimiento de otros puede convertirse en una imagen más entre muchas imágenes. Y aquí el Evangelio vuelve a preguntarnos: ¿qué ocurre dentro de nosotros cuando vemos sufrir a alguien? Se trata de no permitir que el dolor de los demás se convierta simplemente en espectáculo. Porque si Cristo dice: "Tuve hambre", "estuve enfermo", "fui forastero", entonces el sufrimiento humano nunca es completamente ajeno para un cristiano. El dolor del otro me concierne.

Pensemos también en la pobreza. Es fácil acostumbrarse a ella. Pasamos delante de alguien que pide en la calle, vemos a una familia que no llega a fin de mes, conocemos a alguien que vive con dificultades, y poco a poco podemos dejar de verlo. La indiferencia también es una forma de separación. ¿Todavía soy capaz de dejarme afectar por el sufrimiento del otro?

Puede ser que la situación más difícil sea la que tenemos cerca. Porque podemos hablar de guerras, inmigración o pobreza y sentir que estamos hablando de cosas muy grandes, pero quizá Cristo Rey nos está preguntando por algo mucho más pequeño y mucho más cercano: por la persona que tenemos delante y que podemos decidir mirar o no mirar. Por esa persona de nuestra familia con la que llevamos años sin hablar. Por ese compañero al que todos dejan de lado. Por esa persona mayor a la que visitamos cada vez menos. Por alguien que ha cometido un error y hemos decidido que ya no merece otra oportunidad...

Y entonces comprendemos mejor la separación, porque la separación no es solamente algo que ocurrirá al final. La separación empieza mucho antes. Empieza cada vez que decidimos a quién vemos y a quién dejamos de ver; a quién escuchamos y a quién ignoramos; a quién damos una oportunidad y a quién descartamos; con quién nos comprometemos y con quién preferimos no complicarnos. Y al final del camino Dios simplemente mostrará lo que nosotros hemos ido construyendo.

Y hay algo todavía más desconcertante en este Evangelio. Los que están a la derecha no saben por qué están allí. Preguntan:

"Señor, ¿cuándo te vimos?". No sabían que estaban encontrándose con Cristo. Porque muchas veces Cristo se nos presenta sin que lo reconozcamos. Viene disfrazado de necesidad, de soledad, de pobreza, de enfermedad, de alguien que nos resulta incómodo, de alguien que no pertenece a nuestro grupo, de alguien que quizá incluso nos ha hecho daño. Y entonces aparece la pregunta: ¿seremos capaces de reconocerlo?

"¿Qué hiciste con las personas que puse en tu camino?"

Ahí está la separación. No entre los que piensan como nosotros y los que piensan diferente. No entre los que pertenecen a nuestro grupo y los que están fuera. Sino entre un corazón que se deja afectar por el otro y un corazón que aprende a pasar de largo.

Por eso Cristo Rey es una fiesta incómoda. Porque proclamar que Cristo es Rey significa aceptar que no podemos ser neutrales, ante todo. Hay momentos en los que tendremos que defender la dignidad de una persona, momentos en los que tendremos que denunciar una injusticia, momentos en los que tendremos que acoger... Y también habrá momentos en los que tendremos que reconocer humildemente que hemos mirado hacia otro lado.

¿En qué situaciones de mi vida estoy actuando como si Cristo no estuviera delante de mí?

Porque el Rey del Evangelio no está lejos. Está aquí. Tiene hambre. Tiene sed. Está solo. Necesita ser acogido. Y espera que alguien lo reconozca.

Decidir entre pasar de largo o acercarnos, entre mirar o ignorar, entre encerrarnos en nosotros mismos o abrirnos al otro es estar decidiendo también qué lugar queremos que Cristo ocupe en nuestra vida.

¡FELIZ FIESTA DE CRISTO REY!

Marisa del Campo
marisa@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Contexto. Compuesto durante el exilio babilónico (593-571 a.C.), Judá desterrado, sin Templo, sin rey y sin líderes visibles. Es uno de los textos pastorales más importantes del A.T. Los pastores de Israel habían fracasado, en lugar de cuidar el rebaño, se habían aprovechado de él (Ez 34, 2-3). Se había descuidado a los débiles, los enfermos, los descarriados. En este contexto Dios anuncia un cambio radical. Él mismo se erige como pastor de su rebaño. Esta promesa será retomada por Jesús (Jn 10), el Buen Pastor y el Rey pastor (Mt 25). El texto litúrgico, con sus omisiones, se encuentra en la sección que va desde el v. 11 hasta el 31, donde Dios promete reunir a su pueblo disperso, apacentarlo con justicia y establecer una alianza de paz. El texto que leemos hoy omite detalles, pero conserva el núcleo teológico: la búsqueda activa de Dios como pastor y el juicio entre ovejas y cabritos.

Texto. Arranca el texto enfatizando la decisión personal de Dios, que actúa directamente, sin intermediarios, de buscar activa y cuidadosamente para restablecer su rebaño, la comunidad de Israel, y su salud. (v. 11)

La comparación con el pastor humano es ilustrativa, porque el pastor conoce a sus ovejas y las busca en el terreno escabroso. El "día de nubes y de oscuridad" es una expresión típica para referirse al juicio (cfr. Sof 1, 15; Jl 2, 2), aquí se aplica a la catástrofe del exilio, cuando el pueblo fue dispersado por las naciones. Dios promete liberarlos de todos los lugares, enfatizando la universalidad de su acción salvadora: "el pastor reunirá a su rebaño". (v. 12). Los dos versículos omitidos recogen promesa del retorno a tierra de Israel.

El verbo "pastorear" subraya la acción personal de Dios y "hacer descansar" evoca la imagen del rebaño en un lugar seguro y apacible (cfr. Sal 23, 2), ese reposo es la paz mesiánica, el shalom que solo el verdadero pastor puede otorgar. (v. 15)

El v. 16 describe la obra del pastor con cuatro categorías de ovejas: la perdida (la oveja que se aleja está en peligro de muerte); la descarriada (que ha sido expulsada o extraviada); la herida (con daños físicos o morales); y, la débil (la enferma, sin fuerzas). Y, el pastor actúa en cuatro direcciones: buscar, hacer volver, vendar, fortalecer) que corresponden a la restauración integral de la personal. Introduce la idea de juicio al decir que la engordará y la hará fuerte, poque los que han abusado de su posición serán eliminados. La justicia divina no es indiferente a la opresión, compensará el daño. (v. 16)

Finaliza el texto con el v. 17 que aborda el juicio entre ovejas y cabritos. El juicio no se limita a la separación de la comunidad del mundo, sino que se realiza dentro del mismo rebaño. Dios distingue entre los que han sido fieles y los que han oprimido. Los carneros y los machos cabríos son los líderes que han abusado de su autoridad. Este juicio interno es la base de la escena del evangelio de hoy que separa los justos (ovejas) y los injustos (cabritos), basándose en las obras de misericordia.

Pretexto. Ezequiel habla de un pastor universal, que busca a todas las ovejas dispersas entre todas las naciones. Es el fundamento veterotestamentario de la realeza de Cristo que celebramos hoy. El juicio no es el de un déspota, sino el de un pastor que busca, cura y restaura. Un pastoreo humilde, ejemplo para unos líderes políticos y eclesiales que a menudo buscan poder y privilegio, la verdadera autoridad es una "diaconía", ese pastoreo con "olor a oveja" que reclamaba Francisco. El final del año litúrgico nos invita a reflexionar sobre nuestra vida: ¿hemos sido ovejas o cabritos? ¿Hemos cuidado a los débiles o los hemos pisoteado? ¿Hemos compartido nuestros talentos o los hemos enterrado? La Iglesia es el rebaño reunido, pero peregrinado, herido por divisiones y pecados. La sinodalidad es el intento de la Iglesia por escuchar la voz del Pastor. San Agustín, comentando el Salmo 23 dijo: El Señor es mi pastor, nada me falta. Él es mi Rey, y su vara y su cayado me consuelan». La vara y el cayado son los signos del pastor: la vara para defender de los lobos, el cayado para enderezar el camino. Cristo Rey nos defiende de los enemigos del alma y nos guía por sendas de justicia.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Segunda Lectura

El acontecimiento más importante de la historia de la salvación es la resurrección de Cristo. Si por Adán entró la muerte en el mundo, Cristo ha traído la resurrección de los muertos. Y el cristiano, que ha sido bautizado, se ha incorporado a Cristo y ya participa de esa vida de resucitado. Toda esta participación, que proviene de la redención de Cristo, se realizará plenamente para el cristiano cuando llegue la parusía de Señor y cuando los muertos resuciten para la gloria. Todo esto no tendría valor si Cristo no hubiera resucitado y la predicación apostólica sería una pérdida de tiempo, además de que la fe cristiana seria vana.

Pero Cristo ha sido resucitado de entre los muertos "como primicia". Significa esta expresión algo más de que haya sido el primero resucitado en el tiempo. Es un término que los judíos utilizaban en sentido cultual. La ofrenda de las primicias era el símbolo de que se dedicaban a Dios todas las cosechas. Así, la resurrección de Cristo lleva consigo la resurrección de todos los que están en él (v. 20).

El paralelismo y la oposición entre Adán y Cristo es una de las enseñanzas preferidas de Pablo (Rom 5,12-21; 1Cor 15,45-49). Y "luego, el final": Será la consumación del tiempo, el tiempo final, cuando Cristo complete su misión salvadora y redentora y lleve a todos los que han sido elegidos a la gloria de la resurrección. Será entonces, ya completada la obra, cuando entregue todo al "Dios y Padre", que le había dado la autoridad para ser Salvador del mundo (vv. 21-24).

Pablo concede a Cristo, que es el nuevo Adán, "Hijo del hombre", lo que en el Sal 8,7 ("Le diste el dominio sobre la obra de tus manos, todo lo pusiste bajo sus pies") se predica de Adán y de la humanidad en general. El Padre ha sometido todo lo creado a su Hijo, que se ha encarnado y que fue enviado para salvar el mundo y establecer la soberanía divina. Después de resucitar, Cristo reina en la gloria y es el Señor (se alude al Sal 110,1: "Oráculo del Señor a mi señor: Siéntate a mi derecha hasta que convierta a tus enemigos en estrado de tus pies"). La muerte aparece personificada, igual que en Rom 7 (vv. 25-26).

El v. 27 es un paréntesis. Pablo aclara que la Escritura no incluye en "todo" al Padre. El Padre es quien ha sometido todas las cosas a Cristo. Y en el último versículo, el sometimiento del Hijo al Padre hace referencia al homenaje que el Hijo encarnado y Salvador de la humanidad, dará al Padre junto con toda la creación redimida. Cuando ya se haya completado la misión de Cristo, Dios Padre se manifestará como principio de toda vida y meta final de la creación y de la historia de la salvación (vv. 27-28).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio

Contexto

Estamos en el final del año litúrgico. Cristo Rey es la culminación del itinerario recorrido en los treinta y cuatro domingos. Pero Jesús no es un Rey al uso, según la lógica del mundo, su criterio no es el poder, la riqueza o la fuerza, sino el amor concreto a los más pequeños. Es el rey que se identifica con los hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados... Su realeza se reconoce desde abajo, desde el servicio a los que sufren. El texto de hoy es uno de los ejemplos más impresionantes de condensación catequética de todo el N.T.

Estamos ante la conclusión del gran discurso escatológico y, por tanto, la síntesis de todo su mensaje. En ella se juega el sentido último de la existencia cristiana. Estamos en el monte de los Olivos, en la última semana de vida de Jesús. La imagen del pastor que separa ovejas de cabras hunde sus raíces en el A.T., como vemos en la primera lectura. Esta vez el juicio no va de pureza ritual, sino de amor concreto manifestado en las obras de misericordia. La escena del juicio evoca el lenguaje apocalíptico (cfr. Dn 7, 9; Ap 20, 11-15)

Texto

Cinco movimientos componen esta parábola:

Uno, la venida del Hijo del Hombre (v. 31). Jesús se describe a sí mismo como Hijo del Hombre que viene en su gloria.

Dos. La reunión y la separación (vv. 32-33). Todas las naciones reunidas ante él, y las separa como el pastor, las ovejas de las cabras.

Tres. El diálogo con los benditos (vv. 34-40). El Rey invita a los de su derecha a heredar el Reino, porque le dieron de comer, de beber, lo acogieron, lo vistieron, lo visitaron en la enfermedad y en la cárcel. Ellos preguntan cuándo hicieron eso. La respuesta es la clave: cuando lo hicisteis a los pequeños.

Cuatro. El diálogo con los malditos (vv. 41-45). El Rey condena a los de su izquierda al fuego eterno, por no haber hecho nada de lo anterior. Ellos también preguntan. La respuesta es la misma pero invertida.

Cinco. La sentencia final.

La pregunta sobre la identidad de las "naciones" ha sido objeto de debate exegético. Lo más coherente con el texto es que "panta ta ethnē" designa a toda la humanidad, sin distinción de raza, religión o pertenencia eclesial. El juicio no es solo para los que han conocido a Cristo, sino para todos. El criterio no es la confesión de fe, sino el amor manifestado en obras, porque la fe auténtica se manifiesta en el amor al prójimo.

Otro tema importante es la identificación de los "hermanos más pequeños" (v. 40). Aquí se han propuesto tres interpretaciones principales:

Una interpretación restrictiva que considera "hermanos" solo a los discípulos de Jesús, especialmente los enviados a predicar el Evangelio. En Mateo, "hermano" designa a los miembros de la comunidad cristiana. El servicio a los misioneros perseguidos sería, entonces, el criterio del juicio.

Otra, una interpretación universal. Donde los "hermanos" serían todos los necesitados sin distinción, haciendo énfasis en la identificación de Jesús con todo ser humano que sufre. Esta es la interpretación que ha predominado en la tradición espiritual y en la doctrina social de la Iglesia.

Y, la última, una interpretación cristológica. Para esta "hermanos" son aquellos en quienes Cristo está presente de manera especial: los pobres, los marginados, los perseguidos. Esta lectura no excluye las anteriores, pero pone el acento en la identificación de Jesús con el necesitado. Y junto a la universal es la recogida por el Magisterio.

Puede llamar la atención la sorpresa de los justos y de los condenados. Ninguno sabe cuándo sirvieron o dejaron de servir a Jesús. Pero el amor auténtico no se hace para ser visto ni para ser recompensado, es gratuito, es expresión natural de la identidad. Los condenados no es que no hayan hecho daño, simplemente, no han hecho nada, han sido indiferentes, ciegos.

El cierre del texto establece un contraste radical "castigo eterno" frente a "vida eterna", pero "eterno" aquí no significa necesariamente una duración infinita en sentido cronológico, sino una realidad que pertenece al orden escatológico.

El texto no se trata de una amenaza para infundir miedo, sino una advertencia amorosa. Dios no condena, es cada ser humano el que se condena a sí mismo cuando elige cerrar su corazón al amor. La condena es consecuencia de una vida que se ha cerrado al amor y que, por lo tanto, no puede soportar l presencia del Amor, como dijo san Juan de la Cruz, el infierno no es más que la ausencia de Dios, y esa ausencia es el resultado de una elección libre.

Pretexto

El texto de hoy no significa que se prescinda de la gracia en la salvación del hombre, Mateo la presupone. Las obras de misericordia no son méritos del hombre para la salvación, sino el fruto de la vida transformada por el encuentro con Cristo. El que ama ya ha sido salvado, su amor es la respuesta al amor que ha recibido primero. Vivimos en un mundo de desigualdades, donde la vorágine de las noticias solo nos lleva a la indiferencia; la noticia de hoy mañana está olvidada porque ha surgido otra. El pecado de nuestra sociedad es la indiferencia, no hacemos daño, pero tampoco hacemos nada. Y ese pecado, es el único que Dios realmente aborrece, porque ese pecado de omisión no genera conciencia de pecado. En este s. XXI, la Iglesia no está llamada a mirarse a sí misma, sino a salir al encuentro de los que sufre, su credibilidad no se juega en sus estructuras, sino en su capacidad de amar. La esperanza cristiana no es la certeza de que seremos salvados por nuestros méritos, sino la certeza de que el amor de Dios es más fuerte que nuestra debilidad. El que ha conocido el amor de Cristo no puede dejar de amar. Y el que ama, aunque sea imperfectamente, ya está en el camino del Reino.

Enrique Abad
enrique@dabar.es

Notas para la Homilía

"El verdadero Cristo Rey"

Mirad, hoy el Evangelio no nos habla de un rey que vive en un palacio. Nos habla de un rey que tiene hambre. Que tiene sed. Que es inmigrante. Que está enfermo. Que está en la cárcel. Ese es nuestro Rey. No uno que se sienta en un trono de oro esperando que le rindamos pleitesía, sino uno que se identifica con los que no cuentan, con los que no salen en las noticias, con los que a veces ni vemos cuando pasamos por la calle.

Y esto es una noticia revolucionaria. Porque significa que Dios no está donde nosotros solemos buscarle. No está en el ruido, ni en el éxito, ni en las grandes manifestaciones de poder. Está en el anciano que vive solo y al que nadie visita. Está en la madre que no llega a fin de mes. Está en el joven que ha perdido la esperanza. Está en el inmigrante que cruza el mar buscando un futuro. Está, como dice el Papa Francisco, en las periferias existenciales del mundo.

El profeta Ezequiel lo había anunciado con una imagen preciosa: Dios mismo dice: «Yo mismo voy a buscar mi rebaño y me ocuparé de él». No espera a que las ovejas vuelvan. Sale a buscarlas. Se mancha las manos. Se cansa. Se preocupa. Ese es el Dios en el que creemos: no un rey distante, sino un pastor que camina con nosotros, que se ensucia los pies en el barro de nuestra historia.

San Pablo añade algo que me consuela profundamente. Dice que Cristo «debe reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies», y que el último enemigo en ser destruido es la muerte. ¿Os dais cuenta de lo que significa? Significa que la muerte no tiene la última palabra. Significa que todo lo que hoy nos duele —la enfermedad, la separación, la injusticia, la soledad— no es el final de la historia. Significa que, aunque a veces tengamos la sensación de que el mal está ganando, no es verdad. La victoria ya está decidida. Cristo ha resucitado, y esa es la primicia de lo que nos espera.

Pero volvamos al Evangelio, porque ahí está lo que nos toca hoy. El juicio final. Y fijaos en algo que me llama mucho la atención: tanto los justos como los injustos se sorprenden. Los justos preguntan: «Señor, ¿cuándo te vimos...?». Y los injustos preguntan lo mismo. Ninguno de los dos había visto a Cristo. La diferencia es que unos, sin saberlo, se encontraron con él en el hermano. Y otros, sin saberlo, lo ignoraron.

El Papa Francisco, en una de sus últimas homilías de Cristo Rey, dijo algo que me gustaría que se nos quedara grabado: «No es verdad que los acontecimientos del mundo se le hayan escapado de las manos a Dios». Y añadió, hablando a los jóvenes, pero también a todos nosotros: «No os dejéis engañar por quienes os seducen con promesas vacías, queriendo manipularos, controlaros, usarlos para sus propios intereses».

Vivimos en un tiempo en el que abundan las promesas vacías. Nos prometen felicidad si compramos esto, si viajamos allí, si conseguimos aquel puesto. Nos prometen seguridad si desconfiamos del otro, si cerramos fronteras, si nos protegemos. Nos prometen éxito si aparecemos, si tenemos seguidores, si somos visibles. Pero todo eso, al final, se desvanece. Todo eso no es el Reino. El Reino es otra cosa. El Reino es el amor que se da sin esperar nada a cambio. El Reino es la mano tendida al que se ha caído. El Reino es la mesa compartida con el que no tiene nada que ofrecer.

Y ese Reino ya está aquí, en medio de nosotros. Lo celebramos cada vez que venimos a Misa. Lo celebramos cada vez que perdonamos. Lo celebramos cada vez que alguien, en silencio, hace el bien sin que nadie lo vea. Lo celebramos cada vez que un enfermo ofrece su dolor por los demás. Lo celebramos cada vez que una familia acoge, que un joven se compromete, que un anciano reza.

Queridos hermanos, al terminar este año litúrgico, quiero invitaros a algo muy sencillo. Esta semana, cada uno de nosotros, hagamos un gesto concreto de amor hacia alguien que lo necesite. Sin decirlo a nadie. Sin buscar reconocimiento. Sin esperar nada a cambio. Quizás una visita, una llamada, una limosna, una palabra de consuelo. Y cuando lo hagamos, acordémonos de que, sin saberlo, estamos sirviendo al Rey. Estamos tocando su rostro. Estamos construyendo su Reino.

Luis Sancho
dabar@dabar.es

«Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 40)

Para reflexionar

Dice: «a uno de estos hermanos míos más pequeños». Es decir, a uno concreto. A ese que tengo delante. Al que me cruzo en el portal de la parroquia. Al que me llama por teléfono y no tengo ganas de contestar. Al que vive en el piso de al lado y lleva semanas sin salir de casa. Nos sentimos solidarios con las víctimas lejanas de una catástrofe, pero no sabemos qué hacer con el compañero de trabajo que se queja todo el día. El versículo de Mateo no nos deja refugiarnos en la caridad genérica: nos pone cara a cara con el hermano concreto. Los justos no actuaron para ganar un premio ni para sentirse bien consigo mismos. Actuaron porque vieron a alguien que lo necesitaba. Y precisamente por eso, sin buscarlo, se encontraron con Cristo. La lección es clara: a Cristo no se le encuentra en los grandes gestos calculados, sino en los pequeños servicios que brotan del corazón sin que uno se dé cuenta.

¿Quién es «el más pequeño» que tengo más cerca y al que quizá estoy evitando?

Cuando hago el bien, ¿lo hago para que se note, o simplemente porque el otro lo necesita?

¿En qué momento de esta última semana he pasado de largo ante alguien sin verlo?

Si Cristo se me aparece hoy en la persona que menos me apetece atender, ¿qué le voy a responder?

¿Qué gesto concreto, pequeño y sin testigos, puedo hacer esta semana para que alguien se sienta menos solo?

Para la oración

Padre bondadoso, que has querido que todas las cosas encuentren sentido y se reúnan en Cristo, ayúdanos a no quedarnos en el ruido y la confusión de cada día, sino a reconocer a Cristo, el Rey que nos espera en cada hambriento, que nos llama desde el que está solo, que nos acerca al que sufre. Haz que nuestra fe no se quede en palabras, que se convierta en gestos concretos de amor para que las heridas de este mundo puedan sanar. PJNS.

Te presentamos, Padre, este pan y este vino, lo poco que tenemos entre las manos y te pedimos que, por la fuerza del Espíritu Santo, los transformes en el Cuerpo y Sangre de tu Hijo, y que nos transformes también a nosotros, para que podamos reconocerle en el hermano solo y desamparado, para que cada día vivamos más el amor que Cristo nos mostró; un amor sin cálculos, sin condiciones, sin medida, un amor hasta el final. PJNS.

Padre bondadoso, siempre tenemos que agradecerte que todo lo que haces por nosotros, pero hoy queremos darte las gracias por tu Hijo. Él es el Rey que no se sienta en un trono, que sale a buscar a sus ovejas, como el pastor que conoce sus nombres y busca a las perdidas, las carga sobre sus hombros y las devuelve al redil. Es el Rey que reina hasta someterlo todo, incluso la muerte, y, por eso, no tenemos miedo al dolor, al abandono, ni a la muerte misma, porque su Resurrección es la primicia de lo que nos espera. Él es el Rey

Señor, acabamos de recibir el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, un regalo que no merecemos y que Tú nos das gratuitamente. Haz que no desperdiciemos este regalo. Que sepamos vivirlo hoy en lo concreto: en la casa, en el trabajo, en cada encuentro con los demás. Que aprendamos de Cristo a ejercer su realeza como Él: no dominando, sino sirviendo; no quitando, sino dando; no poniéndose encima, sino agachándose para levantar a los demás. PJNS.

Cantos

Entrada: Juntos cantando la alegría (1CLN-410); Cristo nos da la libertad (1CLN-727); El que me ama guardará mi palabra (Erdozain); Cómo le cantaré al Señor/Hombre de barro.

Salmo: LDS o el Salmo A Dios den gracias los pueblos (1CLN-510)

Aleluya: Canta aleluya al Señor (CB-33); Alelluia 3 (Taizé)

Ofertorio: Llevemos al Señor.

Santo: 1 CLN-I 2

Paz: Pon tu mano

Comunión: En la paz de Cristo (1CLN-603); Delante de Ti; Te damos gracias, Señor (1CLN-531); Guarda mi alma en la paz, de Deiss (1CLN-710); Hoy, Señor, te damos gracias; Muéveme (Ixcis)

Final: Regina coeli (gregoriano); Sois la semilla

La misa de hoy

Monición de entrada

Hoy cerramos el año litúrgico celebrando a Cristo Rey. Pero no un rey cualquiera. No un rey que se sienta en un trono lejano y espera que le rindamos pleitesía. El Evangelio de hoy nos presenta a un Rey que tiene hambre, que tiene sed, que es inmigrante, que está enfermo, que está en la cárcel. Un Rey que se ha identificado con los más pequeños, con los que no cuentan, con los que a veces ni vemos. Y esa es la pregunta que hoy resuena en esta celebración: ¿dónde buscamos a Cristo? ¿En las grandes cosas, en el ruido, en el éxito? ¿O en el hermano concreto que tenemos al lado, en el que necesita una mano, en el que espera una visita? Que esta Eucaristía nos ayude a reconocer a nuestro Rey en los más pequeños, y a aprender de Él que reinar es servir.

Saludo

La paz de Dios, que nos llama a reconocer a su Hijo en los más pequeños y a servirle con alegría, esté con todos nosotros.

Acto penitencial

Hoy Cristo se nos presenta como Rey, pero como un Rey que se ha identificado con los más pequeños. Ante él, que nos espera en el hambriento, en el sediento, en el forastero, reconozcamos con sinceridad nuestras faltas.

Tú, que reinas sirviendo y te haces pequeño entre los pequeños: Señor, ten piedad.

Tú, que vienes a nosotros en el rostro del que sufre: Cristo, ten piedad.

Tú, que nos llamas a reconocerte en el hermano necesitado: Señor, ten piedad.

Señor mío y Dios mío, perdone los pecados que por nuestra condición humana cometemos. PJNS.

Monición a la Primera lectura

Ezequiel escribe en tiempos de crisis. El pueblo de Israel está disperso y sus líderes se han ocupado solo de sí mismos. En medio de esta desolación, Dios promete que no abandonará a su rebaño. Escuchemos cómo el Señor se presenta como el pastor que busca, cura y fortalece.

Salmo Responsorial (Sal 22)

El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar.

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas; me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término

El Señor es mi pastor, nada me falta.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo escribe a los de Corinto sobre la resurrección, y lo hace con una imagen un tanto extraña: "Cristo como «primicia» de los que han muerto". O sea, lo que le ha ocurrido a Él es el comienzo de algo que nos incluye a todos. Pablo nos asegura que la muerte —el último enemigo— no tendrá la última palabra. Escuchemos.

Monición a la Lectura Evangélica

El evangelio nos presenta la escena del juicio final, y lo hace con una imagen desconcertante: un Rey que juzga a las naciones no por sus títulos, sus grandes obras o su ortodoxia. Pregunta cosas concretas: si dimos de comer, si alojamos, si cuidamos, si visitamos. Y nos dice que al hacérselo a los demás, se lo hacíamos a Él.

Oración de los fieles

Hoy celebramos a Cristo como Rey del universo. Un Rey que reina sirviendo, que se hace presente en los más pequeños y que un día vendrá a juzgar con misericordia. A él dirigimos nuestra oración, diciendo:

Venga a nosotros tu Reino.

- Por la Iglesia, para que anuncie con valentía el Reino de Cristo, un Reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz, sin dejarse seducir por los criterios del poder mundano. Oremos.

- Por los gobernantes y responsables públicos, para que ejerzan su autoridad como servicio y no como dominio, buscando el bien de los más débiles y construyendo una sociedad más justa y fraterna. Oremos.

- Por los que tienen hambre, sed, están enfermos, encarcelados o son forasteros, los más pequeños de nuestro mundo y de nuestras ciudades, para que encuentren en nosotros manos generosas y corazones atentos que les devuelvan la esperanza. Oremos.

- Por nuestra comunidad parroquial, para que aprendamos a reconocer a Cristo en cada hermano, especialmente en el que sufre y en el que pasa necesidad, y para que nuestra fe se traduzca en gestos concretos de amor. Oremos.

- Por nuestros difuntos, para que, habiendo servido a Cristo en los más pequeños, puedan contemplar su rostro en la gloria de su Reino. Oremos.

Dios, fuente del amor verdadero, que has constituido a tu Hijo Rey único y Pastor universal de todos los hombres, escucha nuestras oraciones y afianza en nosotros la certeza de que llegará el día en que Tú serás todo en todos.

Despedida

Que Dios todobondadoso, que ha constituido a su Hijo Rey del universo, os bendiga y os guarde.

Que Cristo, que reina sirviendo y se hace presente en los más pequeños, os conceda reconocerlo en cada hermano que sufre.

Que el Espíritu Santo, que nos une en un solo pueblo, os dé valor para construir su Reino de justicia, de amor y de paz.

Y la bendición...

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Jesucristo, Rey del Universo, 22 noviembre 2026, Año LII, Ciclo A

EZEQUIEL 34, 11-12.15-17

Así dice el Señor Dios: «Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas, siguiendo su rastro. Como sigue el pastor el rastro de su rebaño, cuando las ovejas se le dispersan, así seguiré yo el rastro de mis ovejas y las libraré, sacándolas de todos los lugares por donde se desperdigaron un día de oscuridad y nubarrones. Yo mismo apacentaré mis ovejas, yo mismo las haré sestear oráculo del Señor Dios-. Buscaré las ovejas perdidas, recogeré a las descarriadas; vendaré a las heridas; curaré a las enfermas: a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido. Y a vosotras, mis ovejas, así dice el Señor: Voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío».

1 CORINTIOS 15, 20-26.28

Hermanos: Cristo resucitó de entre los muertos: el primero de todos. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre ha venido la resurrección. Si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después, cuando él vuelva, todos los que son de Cristo; después los últimos, cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino, una vez ani-quilado todo principado, poder y fuerza. Cristo tiene que reinar hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies. El último enemigo aniquilado será la muerte. Y, cuando todo esté sometido, entonces también el Hijo se someterá a Dios, al que se lo había sometido todo. Y así Dios lo será todo para todos.

MATEO 25, 31-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria, y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme". Entonces los justos le contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestirnos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?" Y el rey les dirá: "Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis". Y entonces dirá a los de su izquierda: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis". Entonces también éstos contestarán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?" Y él replicará: "Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo". Y éstos irán al castigo eterno, y los justos a la vida eterna».